

FR. JUAN AGUSTIN DE MORFI, O.F.M.

Nació en Galicia, España, hacia 1735. Murió en México el 20 de octubre de 1783.

Perteneció a la Provincia del Santo Evangelio de México y fue catedrático del Colegio de Santiago Tlatelolco. Insigne orador y escritor, a quien se deben las siguientes obras: *Viaje de Indios y Diario del Nuevo México*, impreso por vez primera en 1856 por Orozco y Berra; *Noticias históricas del Nuevo México*; *Memorias para la Historia de la Provincia de Texas*; *Noticias en forma de diario sobre el Parral*; *Informe del P. Morfi sobre el viaje de los Padres Domínguez y Escalante hacia Monterrey y California*; *Diario del Viaje a la Provincia de Texas con el Caballero Teodoro de Croix*; así como otras obras de carácter sagrado.

El mejor estudio acerca de él y su obra es el de Vito Alessio Robles, que prologa el *Viaje de Indios*. Información bibliográfica proporcionan también J. M. Beristáin de Souza en su *Biblioteca Hispano Americana Septentrional* y Nicolás León en la *Bibliografía Mexicana del siglo XVIII*, Sec. 1a., 2a. parte, II-1123. Su *Historia de Texas* fue publicada traducida al inglés, con una biografía, introducción y notas por Carlos E. Castañeda: *History of Texas, 1673-1779*, 2 y Albuquerque, 1935. También se ha ocupado de esta obra Irving A. Leonard, *THAHR*, t. XVI, 1936, pp. 229-232.

Fuente: Fr. Juan Agustín de Morfi, O.F.M. *Viaje de indios y diario del Nuevo México*. Noticia biobibliográfica y acotaciones por Vito Alessio Robles. México, Bibliófilos Mexicanos, 1935. 446 p. mapas, ils., p. 54-64 y 73-81.

QUERETARO Y EL CAMPO MEXICANO EN EL SIGLO XVIII

La ciudad de Querétaro, según el cómputo y observación del ingeniero don Nicolás Lafora, se halla en los 20° 47' de latitud boreal y 269° de longitud contada desde el meridiano de Tenerife: su territorio fue conquista de los indios de Xilotepec, que la ejecutaron valerosamente, en obsequio y sin auxilio de los españoles. Se situó a orilla de un río de muy poca agua en la seca, y la falda de una loma en cuya mayor elevación está el Colegio Apostólico de la Santa Cruz, que la domina.

Forma sus contornos un hermoso llano de buena tierra y capaz de producirlo todo. Hay en él algunas haciendas, ranchos y pueblos, abrigados por las serranías que le rodean;

pero todas manifiestan a primera vista la viciosa indolencia de sus habitantes que, pudiendo vivir felices en la abundancia, se contentan con el perezoso cultivo de algunas semillas y frutas que en su mal gusto acreditan la flojedad de sus dueños. La excelencia de las batatas o camotes (de que hay mucha abundancia) proviene de la bondad del terreno sin que tenga en ello la industria la menor parte.

Se cosecha en las huertas alguna buena uva, cuyo cultivo, si se fomentase, pudiera serles muy fructuoso.

La ciudad está gobernada en lo temporal por un cabildo con su corregidor de letras que nombra el rey y depende de la real audiencia y virrey de México. Lo espiritual está a cargo de un cura secular, a quien colocó el señor Salinas, despojando a los frailes de San Francisco que antes administraban. Su vecindario, por el padrón que hicieron los curas, asciende a cuarenta y tres mil almas, las treinta mil en la ciudad o parroquia de Santiago, y las trece mil de la otra banda del río, en el barrio y parroquia de San Sebastián, que secularizó también el señor Lorenzana. Se ha formado con ellas un escuadrón con cinco compañías de caballería ligera provincial.

Su construcción, aunque no tan bella como la de México, es de bastante hermosura y alguna regularidad, como se ve en su planta. No tiene toda la que se desea, porque como los españoles que la habitan vinieron a establecerse sobre el antiguo pueblo de los indios, se vieron necesitados de seguir las irregularidades que encontraron. El convento de San Francisco antigua parroquia hacia el término del lugar por la parte de la loma y se aumentó tanto la población, que hoy está en el centro de la ciudad y dejando a sus espaldas la plaza mayor, que es pequeña y de mal aspecto. Las casas de cabildo son nuevas y altas, aunque sin arquitectura; las demás son por la mayor parte entresoladas y de adobe, aunque ya hay algunas con altos y de cal y canto.

El río, que divide las dos parroquias, es de poco caudal pero muy útil porque facilita agua para muchos batanes y riega algunas huertas en la otra banda, que pudiera ser un vergel si hubiese más afición a la agricultura. Se pasa por un puente de piedra algo fuerte y no de mala construcción. Se hace aquí un razonable comercio por los mercaderes que de los lugares interiores vienen a hacer sus compras de géneros de la tierra y aun de España. Hubo muchos obrajes de paños, bayetas, frazadas y mangas; pero estas fábricas han

decaído por la tiranía de su gobierno; pues siendo criminales la mayor parte de sus operarios y tratándoles con crueldad, ni ellos trabajan con el cuidado que pudieran ni la gente libre, que buscaría allí su subsistencia, la ejecuta por el horror con que miran estas oficinas.

Mantiene la ciudad actualmente nueve conventos de frailes, oratorio de San Felipe Neri, dos conventos de monjas y un beaterio de Santa Rosa, con otras varias capillas. La parroquia de Santiago, que situó el señor Lorenzana en el que fue colegio de jesuitas, es un cañón de bóveda con su crucero de bastante capacidad y muy decente en el adorno. El colegio es hermoso y con proporciones para hospedar los clérigos que sirven a la iglesia y otros muchos, el claustro superior está cerrado y adornado de algunas imágenes, entre las que hay buenos pinceles; el interior está abierto, y en sus paredes está, en grandes lienzos, la vida de San Ignacio, no de mala mano, sobresaliendo entre todos el retrato de un jesuita cargando el ataúd del cuerpo del santo; contigua a esta fábrica está el que fue colegio de jóvenes seculares, donde vive el ayudante de las milicias; es muy capaz y digno de que se le dé otro destino.

El santuario de Guadalupe es un templo grande, bien adornado y muy devoto, servido por los venerables padres del Oratorio, que le tienen con el mayor aseo, sin faltar cosa alguna de cuantas se puedan desear para la majestad del culto y en quienes encuentran los vecinos consuelo y pasto a cualquiera hora que lo buscan.

El convento de nuestro padre San Francisco, cabeza de la provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán, fue de la provincia del Santo Evangelio, que en 1578 le dio a la de Michoacán, porque ésta le diese el de Zacatecas a la provincia de este nombre; es grande, espacioso y bien construido, se mantiene en él una crecida comunidad, se enseña filosofía y teología a los religiosos y cuantos seculares quieren ocurrir a las lecciones; hay también una cátedra de latinidad; su biblioteca, aunque corta, tiene buenos libros. La sacristía está bien proveída de ornamentos y vasos sagrados; se enseñan en ella algunas calaveras de sus venerables fundadores que aseguran exhalan un olor extraordinario, *que yo no percibí*; la iglesia es grande, pero falta de adorno; en el compás hay tercer orden y varias capillas. El convento de los descalzos de nuestro padre San Francisco puede hospedar hasta cuarenta religiosos, sólo se mantienen en él unos catorce; es muy

hermoso, la iglesia con buenas luces, y uno y otro de mejor construcción que el de San Diego de México.

El Colegio Apostólico de la Santa Cruz conserva con el mayor esmero esta sagrada reliquia, cuyo origen prodigioso refiere dilatadamente el padre Espinosa, en su historia de los colegios. La iglesia está decente, pero es de una estructura irregular por un cuerpo de edificio (a que aquellos padres llaman segunda nave), que tiene el lado del evangelio dividido de la principal por una pared y a la que se entra por dos puertas. La mayor parte del convento es de bóveda, bajo techo, y no tan cómodo, grande y hermoso como el de San Fernando. Su librería es corta y no de la mejor surtida, pero proporcionada a la necesidad de aquella comunidad, que es numerosa y provee de ministros a las misiones de la Pimería. La huerta es grande y con abundancia de agua; está bien cultivada y produce excelentes frutos y hortalizas. El convento de carmelitas es razonable, con bellísima huerta y semejante en todo a sus otras fundaciones. La iglesia y convento de San Agustín pertenece a la opulentísima provincia de Michoacán, una y otra están en obra y sin concluir: se manifiestan en lo fabricado ideas grandes que se abandonaron en lo sucesivo, pues ya amenazan ruina antes de estar acabados.

Los conventos y hospitales de Santo Domingo, Merced, San Juan de Dios y San Hipólito apenas se pueden llamar establecimientos, pues sólo son unas fábricas miserables donde se mantienen tres o cuatro religiosos.

Las monjas de Santa Clara tienen un gran convento y una iglesia costosamente adornada, pero sin aquel buen gusto que es de desearse en esta especie de obras; es fundación de don Diego de Tapia, cacique, conquistador de los chichimecos, que le construyó y dotó abundantemente para que tomase el hábito una hija suya, que llegó a ser abadesa. El patronato, que le pertenecía, y consiguió por el derecho de fundación, se lo dejó al rey después de sus días: se ve su retrato en el presbiterio al lado del Evangelio, que se colocó allí de orden del virrey duque de Albuquerque y es un testimonio que acredita el noble y generoso modo de pensar de los indios cuando se les trata con distinción y se respetan las prerrogativas de su nobleza. Este convento lo administran los religiosos observantes y es de nuestro padre San Francisco.

Un venerable sacerdote dio su caudal, que era muy crecido, y colectó de limosna el que le faltaba para la fundación del

monasterio de monjas Capuchinas. Su fábrica es de harta capacidad y fortaleza, según se indica por la que se ve exteriormente. La iglesia es regular, aunque pobre y de poco adorno; la sacristía muy pequeña, con una crucifixión en la testera, de mano de Cabrera; inmediata a ella hay una casa para habitación de los capellanes que gozan también beneficios de competente dotación: han florecido muchas religiosas de singular virtud. Viven sujetas al ordinario.

La iglesia y casa del beaterio de dominicas están adornadas sobre el mismo gusto, aunque no tan ricamente como el de las clarisas. Al entrar de la puerta, junto al coro bajo, se ve el retrato del célebre capitán don Miguel Velázquez, insigne bienhechor de este regimiento. Esta fábrica sólo tiene de particular unos estribos o arbotantes de singular construcción, pues en lugar de sostener al templo, que fue la intención del artífice, son ellos los sostenidos.

El paseo que llaman la Cañada, merece justamente este nombre, dista legua y media al oriente de esta ciudad, y es una vega angosta formada por dos montañas muy elevadas, que corre hasta el barrio y parroquia de San Sebastián, en su centro hay un manantial de agua muy copioso, cubierto con una fábrica que forma cuatro baños interiores de agua templada, aunque no tanto que deje de mantener innumerables pececillos, desde una hasta tres pulgadas de largo. A su poniente se construyó una grande alberca donde se baña el pueblo, y de aquí sale el agua a incorporarse con el río, fecundando todo aquel terreno que es realmente frondoso, cubierto de nogales y otros árboles corpulentos, pero tan natural todo y tan grotesco, que, a excepción del propio edificio de los baños, no se advierte hayan llegado allí las manos de los hombres.

A un cuarto de legua de los baños y, siguiendo la misma cañada al oriente, está el nacimiento del agua de que se provee la ciudad. Es abundante, malsana y de peor gusto, *pero se prefirió a otras* mejores, por introducirla en el colegio de la Santa Cruz, a quien el marqués del Villar del Aguila, quiso hacer este beneficio y cuya estatua para memoria de él la conservan los padres en medio del estanque de su huerta.

La caja donde se unen varios manantiales es muy capaz y bien entretenida; en el frente presenta una inscripción por donde consta haberse fabricado a expensas del cabildo. Desde allí sale el agua subterránea, menos en algunas quebradas de la montaña, que se conduce por atarjea, atraviesa el camino

por un arco pequeño que deja el paso libre a los coches y ca-
ballerías y continúa subterránea por la ladera de la sierra,
donde acaso adquiere las malas cualidades que la vician, (que
aseguran no tener en su origen), ya por las plantas que riega
y caen en ella, o puede ser también por los minerales por
donde pasa, que sin duda hay algunos; pues casi todo el ca-
mino desde la ciudad hasta la alberca es almagroso. Entra
por último en los grandes y hermosos arcos que decoran
la entrada de la ciudad y la conducen al colegio, acreditando
en su elevación y solidez la generosidad de su ilustre construc-
tor. Por ellos se une la sierra a la loma que domina la ciu-
dad, y de allí se distribuyen las aguas por todas partes para
comodidad de los vecinos.

Seguimos la marcha; pasamos el río por un buen vado y,
caminando por tierra inculta de buen migajón y cubierta de
huizache, mezquite y nopaleras, llegamos a las doce a la ha-
cienda llamada la "R", andadas seis leguas rumbo norte nor-
oeste.

Esta hacienda es del mariscal de Castilla, que la tiene des-
tinada para cría de ganado menor. La casa es grande con
una plaza a su frente para jugar toros en ella cuando viene el
dueño a visitarla, la capilla cómoda y la habitación no de
las peores, las oficinas espaciosas y acreditando todo la opu-
lencia que gozaron sus propietarios. A poca distancia de la
casa está la viña y huerta, cuya frondosidad aún no había
visto en la Nueva España; es muy pequeña y su terreno igual
en todas las cualidades visibles al del llano de la hacienda
y lomas inmediatas. Tiene para su riego una noria que derra-
ma en su corto estanque, desde donde se distribuyen las
aguas en la viña. Alrededor de ésta hay un emparrado, pero
tan lleno una y otro de hermosas uvas que no se pueden ver
sin asombro, tenían más racimos que hojas y de exquisito
gusto; inmediato a la viña y sin división está el huerto para
hortalizas, mas todo tan desatendido y abandonado, que ins-
pira furor contra su dueño, viendo un terreno, que demuestra
de mil modos su feracidad, despreciado de quien más se in-
teresa en su cultivo. Seguramente que bien cultivado aquel
solo pedazo de terreno que circula el casco de la hacienda pu-
diera hacer un opulento mayorazgo, pues no hay fruta o se-
milla que no produzca en aquella fertilísima tierra, como vimos
muchas personas y supimos de otras; pero todo se sacrifica
a la desidia y al embarazo que causan a los propietarios estas

dilatadas posesiones, cuyo desorden es la principal causa de la despoblación de las Américas.

Estaban actualmente en la trasquila; fui a ver el modo con que se ejecutaba. Nada se hace en el mundo con más grosería que esta operación, que debiera ser de las más curiosas; apenas quitan medio vellón a la pobre oveja, a costa de mil heridas, e inmediatamente las echan al campo. Se hace la trasquila en un gran patio de pórticos formados por una arquería baja. Me dijo el administrador que con poca diferencia se recogían cinco mil arrobas de lana cada año.

Día 4, a las seis, salimos de esta hacienda por buen camino y a breve rato llegamos al pequeño pueblo de Dolores que dejamos a nuestra derecha; está situado a las orillas del río, en un terreno muy hermoso con todas las condiciones para hacer felices a sus habitantes; mas por un abuso insoportable de las haciendas, no tienen aquellos miserables un palmo de tierra para hacer sus siembras, pues las pertenencias de la R llegan hasta las goteras del lugar. No nos detuvimos y poco más adelante encontramos la hacienda del Gallinero y a poco trecho pasamos la de las Trancas, cuya casa está situada en una lomita, y por la falda de ésta corre un arroyo de bastante agua para una poblazón. Continuamos por buen camino, atravesamos dos arroyos, vimos algunas lagunas de corta subsistencia y a las once llegamos a la hacienda de la Quemada, andadas ocho leguas rumbo norte $\frac{1}{4}$ al norte noroeste. A las dos horas llegaron las cargas con la fatalidad de haberse caído en el río una mula que traía dos petacas de papeles de secretaría; fue necesario abrirlas y tenderlos al sol, que por fortuna le hacía muy ardiente, para que se secasen, en lo que se trabajó toda la tarde.

Esta hacienda es de la viuda de Lanzagorta, vecino que fue de San Miguel el Grande; encontramos en ella uno de sus cajeros que estaba entendiendo en la trasquila y que nos recibió graciosamente: la casa es bien capaz, bien tratada y situada a orillas de un arroyo de corto caudal, pero que trae furiosas avenidas en tiempo de lluvia: tiene bellísimas tierras de sembradura, que no se cultivan por estar destinadas a la cría de ganado menor, de que sacan cada año, según nos dijeron, de seis a siete mil arrobas de lana: a un lado de la casa, y fuera de su recinto, está la capilla y frente de ella la hospedería o mesón que hay en todas estas haciendas para comodidad de los caminantes.

Día 5, a las cinco y tres cuartos salimos de esta hacienda,

pasamos a otra, llamada la Huerta, que es de don Francisco Velarde, vecino de San Felipe. A las siete y tres cuartos llegamos a este pueblo que está situado a la derecha del camino; es muy miserable por no poseer tierras algunas; fuera del lugar está un mesón, donde nos detuvimos a remudar, hasta aquí es bueno el camino, de bellas tierras, aunque incultas, y sus producciones las mismas que en las anteriores; continuamos por un monte de mal piso y pedregoso, hasta entrar en una serranía que nos hizo variar todo el rumbo del semicírculo y andar a pie un gran trecho por la aspereza de las barrancas. El terreno no es de malos indicios, tiene alguna abundancia de mezquites en las orillas de los arroyos, que sólo llevan agua en los tiempos de lluvia. Observé, no obstante muchos veneros que humedecían el camino y juzgo que si se buscase con solicitud su origen se hallarían algunas fuentes. Pasada la sierra entramos por un hermoso llano, por donde a las doce y media llegamos a la hacienda llamada Santa Bárbara. Hoy diez leguas rumbo general noroeste.

La situación de esta hacienda es deliciosa; está en un gran llano cercado de serranías a orillas de un arroyo seco, pero socorrida de un manantial abundante. Se dilatan sus tierras cuatro leguas de oriente a poniente y tres de norte a sur, que esto da la extensión de la llanura: se divisan al N.O. dos puntas de sierra que forman un puerto seco, y en la de mano izquierda están las célebres minas que llaman los Asientos de Ibarra, por haberlas descubierto Don Diego Ibarra, uno de los cuatro fundadores de Zacatecas y que hoy pertenece a las temporalidades de la compañía. La hacienda Santa Bárbara hace parte de los bienes de la misma viuda de Lanzagorta, que despreciando su cultivo la destinó para cría de ganado menor y poco vacuno: la casa es miserable y su arquitecto acreditó el talento que tenía de formar tinieblas en medio de la luz. Todo manifiesta que merece poco en la estimación de sus dueños.

Día 6. Salimos de Santa Bárbara a las cinco y tres cuartos por un camino llano, cómodo y de buena tierra. Dejamos a nuestra derecha el rancho Santa Efigia que es límite de los obispados de Michoacán y Guadalajara y donde principia por este rumbo la Nueva Galicia: entramos en otra llanura inmensa, cuya extensión se dilata a pérdida de vista, dejando por uno y otro lado ranchos y haciendas de ganado de que encontramos algunos rebaños que se conducían a La Quemada y a la R para quitarles el vellón: y gozando siempre del buen

camino llegamos a las once y media a la hacienda de los Ojuelos, andadas diez leguas rumbo N. $\frac{1}{4}$ al N. NO.

El mayorazgo de Ciénega de Mata, don José Gallardo Rincón, no contento con la posesión de más de 400 sitios de ganado que pudieran formar un pequeño reino y que apenas le producen para subsistir con decencia; tiene en arrendamiento el rancho Santa Efigenia y esta hacienda; se hallaba en la actualidad en ella con toda su familia y el Alcalde Mayor de Aguascalientes para entender en la trasquila. La casa es grande, mal distribuida y con oficinas competentes: a un lado está el mesón y enfrente la capilla; hay varias habitaciones para el capellán y otros dependientes que forman una grande y buena plaza. Junto a la casa del padre capellán está la que llaman huerta, que es un pedazo de tierra cultivada, que sólo sirve de acreditar la fertilidad del terreno y lo mucho que pudiera producir si estuviese dividido en muchas manos. Este es puntualmente el tiempo en que se ajustan cuentas a los pastores, y se les pagan los salarios en géneros, que apenas les alcanzan para vestirse con la mayor pobreza, sin que en toda la vida vean estos infelices un real como fruto de su trabajo; con esta ocasión estaba abierta la tienda de la casa y el cajero despachando a los criados; me acerqué por divertirme y fui testigo de una escena que me atravesó el corazón de dolor.

Un pastor, de edad como de treinta años, salía de la tienda con el avío de ropa que complementaba su salario (según la cuenta del mercader, porque estos miserables no llevan razón de lo que se les debe ni jamás se atreven a poner un reparo); le esperaba afuera su mujer joven y bien parecida, que apenas le descubrió entre la multitud, manifestó en la alegría de su rostro la de su corazón, pero el pobre pastor no hacía más que mirarla con languidez y bajar los ojos avergonzado, sin resolverse a manifestar la ropa que traía; hízolo, en fin, y a poco examen preguntó con viveza la mujer: ¿Y mis naguas?, dijo (las necesitaba efectivamente, porque no eran soportables a la modestia las que traía), a que respondió el pastor tristemente; *no quiso dármelas el amo*. ¿Es posible, replicó ella, que después de un año de trabajar por los montes, sin haber entrado en poblado, y padecido los dos tantas desdichas, ni tú ni yo las hemos ganado? No te apures, hija, (repuso el pastor) volveré la capa y las camisas y te sacaré tu corte, ya que no podemos tenerlo de otro modo, que estando tú contenta, andaré en cueros. "No, no, hijo mío, interrumpió al punto, la capa a los dos nos hace falta, no tenemos

otra tienda de campaña, suframos con paciencia, pues Dios lo quiere, y, con los ojos llenos de lágrimas, ambos esposos, se puso ella a distribuir en los pobres, puños de sal, que era la única limosna que podía darles. Seguramente no valía doce pesos todo el avío que el pastor llevaba y las enaguas que pedía su mujer eran unas pocas varas de bayeta, que cuando más cara la compraban los amos a cuatro reales.